

Por el bicentenario del Bajo y Alto Perú: Túpac Amaru y Andrés de Santa Cruz

Pedro Jacinto Pazos

Universidad Nacional Mayor de San Marcos

pjacintop@unmsm.edu.pe

Lima - Perú



Resumen

Túpac Amaru y Andrés de Santa Cruz son personajes que quedaron rezagados por el rigor de un mundo criollo que no podía dejar caer sus privilegios y fortunas comerciales y mercantiles. Desde luego, impuestos, tributos y repartos implicaban a distintos grupos étnicos, y Túpac Amaru aglutinó esa pluriétnicidad por estas causas. Por su parte, Santa Cruz tuvo grandes enemigos en el pensamiento criollo, cuya denostación marcaba los signos racistas coloniales, ya con los inicios de la era republicana. En el proyecto de la Confederación Perú-Boliviana, fuerzas externas advertían un macropoder que se organizaba, en tanto el entorno limeño criollo veía una propuesta de un militar extranjero ajena a sus intereses, por lo cual la llevaron a su derrota.

Palabras clave: Túpac Amaru, Andrés de Santa Cruz, bicentenario, Bajo y Alto Perú.

Abstract

Tupac Amaru and Andrés de Santa Cruz are figures who were left behind by the severity of a creole world that could not give up its commercial and mercantile privileges and fortunes. Of course, taxes, tributes and distributions involved different ethnic groups; and for these reasons, Tupac Amaru brought together this multi-ethnicity. For his part, Santa Cruz had great enemies in the Creole mindset, whose denigration indicated the signs of colonial racism, even at the beginning of the Republican era. In the project of the Peru-Bolivian Confederation, external forces perceived that a macropower was being organised, while the Creole people in Lima regarded a proposal made by a foreign officer as alien to their interests, which led to defeat.

Keywords: *Túpac Amaru, Andrés de Santa Cruz, bicentennial, lower and upper Peru.*



I. Preliminares interrogantes

Existen personajes y naciones que no se borrarán de la historia ni de la memoria de los pueblos, por más que el mundo oficial de sus gobernantes los hayan soterrado o encomiado de manera desapercibida. Más aún, cuando pasan sin cuidado en los libros de historia de la educación básica regular o estudios superiores. Primero, por la trascendencia histórica que tienen frente a sus coetáneos y a las futuras generaciones. Segundo, por los hechos o sucesos sobre los cuales se encumbraron en su momento, sea por sus derrotas o sus victorias.

De hecho, los grandes acontecimientos pueden tener las dos caras de la moneda. Desde luego, si se trata del éxito se inician las polémicas por pensar en el suceso que los encumbró como tal. De la misma forma, si se trata de una derrota, mirando si de heroicidad se trata o de la cobardía que implicó dicho fracaso. Siempre con un mínimo de duda o escepticismo para restar o subir en algo los méritos del personaje.

Efectivamente, todo tiene una característica que conlleva a pensar sobre todo en la historia que implican los factores causales del suceso. Presentaremos algunas interrogantes, a modo de reflexión hipotética, como parte de este homenaje al bicentenario por la independencia del Bajo Perú (1821) y el Alto Perú (Bolivia, 1825). Entendamos esta división como parte de una colonización que se impuso a su manera en nuestros espacios culturales y cuyo soporte lo tuvieron que consentir desde su imposición colonial la población indígena. Sin embargo, lo que sale a relucir son las manifestaciones étnicas-culturales y raciales, que de alguna manera implicaban los agentes sociales quechuas y aimaras, que hasta ahora en el mundo de la globalización neoliberal se presentan.

En sí, también es tratar de pensar en dos personajes, pero a la vez en dos países que lidiaron juntos por su independencia. En realidad, por entonces enmarcados en un proyecto político de un solo espacio (Alto y Bajo Perú) con todos los conflictos que conllevaba unir a dos países que de alguna manera implicaban su diversidad cultural, su heterogeneidad estructural, pero a la vez su sentido de mancomunar y de pensar en una sociedad y cultura mucho más cercana y unida a la que observamos actualmente. Y eso que eran años de explotación colonial. En un primer momento con el proyecto de Túpac Amaru y, en el segundo, con el caso de Andrés de Santa Cruz. Este último bajo la sucesión de guerras militares y de grandes batallas donde los ejércitos estaban

asumiendo lo que supuestamente les correspondía por estar en contra de un proyecto de integración, pero a la vez contra el yugo español.

Es muy lapidaria la frase, pero lo que está reanalizando la historia es que no puede haber formación histórica del capital y del capitalismo, con lo que sucedió con las colonias latinoamericanas. Uno de los grandes e ilustres sociólogos, como Immanuel Wallerstein (1979) lo explica desde sus tesis de la modernidad del sistema-mundo o, de la economía-mundo capitalista.

En el Bajo Perú y el Alto Perú el oro y la plata se privilegió como la materia prima y la historia ha demostrado las formas de explotación que se demandaba en nuestros lares con la fuerza de trabajo y sus formas de generar acumulación en la gran metrópoli, que por entonces tenía bajo su égida a Perú, México y Bolivia.

Entonces, ¿podemos reconocer al Bajo Perú (Perú) y el Alto Perú (Bolivia), como parte de una diversidad y pluralidad nacional que incluye, no solo lo latinoamericano, sino también lo nuestro, en este caso lo peruano, como la parte más directa de una historia y una cultura mancomunada? Desde este contexto, ¿cómo se perciben, con todas sus críticas y oposiciones, los grandes personajes como Túpac Amaru y Andrés de Santa Cruz como parte de la pre y posindependencia de ambos países, teniendo como premisa ambos espacios territoriales?

Desde luego, tiempos distintos en ambos protagonistas, pero parte de un mismo proceso. Túpac Amaru que recorría con su revolución el Cusco en 1780 y cuya rebelión llegó a gran parte del altiplánico; mientras Santa Cruz, allá por los años 1835 para adelante pensando en una Confederación Perú-Boliviana, que al final terminó en su gran derrota, con una oposición de militares y civiles por todos los flancos. No obstante, el intento de la integración estuvo latente buen tiempo, al margen del gran debate y la gran polémica que desata el hecho en todos los predios de las ciencias sociales en el país y Latinoamérica.

Existen diversidad de respuestas y supuestos, sin embargo sólo nos centraremos en pensar en la arremetida que se intentó realizar con el desmembramiento, desde cuatro caballos, de un noble andino como fue Túpac Amaru, llevado a cabo con el fin de fustigar y generar temor y miedo en la población indígena rebelde. Dicho intento terminó en una frustración para los colonizadores españoles, por lo cual tuvieron que llevar a cabo el asesinato más inicuo de la historia, descuartizándolo



para lograr que sus extremidades sean esparcidos en el viejo espacio del sur del Tawantinsuyo, es decir, dispersos en el mundo andino para intentar frenar el sentido de mancomunidad, honor y gloria de un pueblo que demandaba colectividad e integración, no solo en la misma revolución emancipadora sino también posteriormente, a inicios de la República, por parte de Santa Cruz que en su momento trató de conformar una Confederación Perú-Boliviana.

Ambos personajes quedaron rezagados por la crueldad de la colonia y la colonialidad que trataba de prevalecer y re-establecer su dominio en el mundo de un virreinato en decadencia que se le iba de las manos como se observa durante la coyuntura histórica de la revolución de Túpac Amaru. Y, el segundo, con la dominación de un mundo criollo que no podía dejar caer sus privilegios y sus fortunas comerciales y mercantiles, donde la minería aún se mantenía con fuerza, como se veía en los militares de la Confederación Perú-Boliviana. Desde luego, impuestos, tributos y repartos implicaban a los distintos grupos étnicos, y Túpac Amaru aglutinó esa pluriétnicidad, por estos causales.

Sin embargo, el caso de Santa Cruz, más bien tuvo sus grandes enemigos en el mundo criollo militar y hasta de grandes personajes literarios, cuya denostación marcaba los signos racistas coloniales, y que se prolongaba con los inicios de la era republicana. Desde luego, fuerzas externas como es el caso de Chile, Argentina y Bolivia que jugaban un papel importante en sus relaciones mercantiles con la vieja Europa y veían a un macropoder que se organizaba, que también jugaba en contra. De igual forma, las reacciones internas se hacían presente con un mundo limeño y una sociedad criolla que veía a un extranjero cuyo carácter militar, implicaba una propuesta ajena a sus intereses para que se ejecutara y, que lograron llevarlo a su derrota. (Monroy, 2003).

II. Entre tradiciones y deidades del Alto y el Bajo Perú.

Quizás la tradición nos hace más proclives a entender que Bolivia, como integrante del Alto Perú, fue parte de toda una historia prehispánica que muy bien lo podemos ver incluso en los rostros, idiomas y tradición cultural andina quechua-aimara que sale a relucir en cada instante de la historia y de nuestra vida cotidiana. Los momentos prehispánicos nos acercan, como lo refiere la arqueología, a la Cultura Tiahuanaco *tiahuanacu* o *tiwanaku* (1550 a.C. al 1187 d.C.) que se desarrolló en parte del Alto Perú. Es decir, estamos ante

una cultura con una idiosincrasia integral, que es parte de una Bolivia que en realidad se considera parte de una comunidad integral, pero a la vez más escindida de la cultura peruana, no obstante el idioma y tradiciones que se distribuyen en común.

Desde luego, hay mucho más no sólo en cuanto a la historia, sino a la misma religiosidad, sobre todo cuando recordamos la Puerta del Sol de la Cultura Tiahuanaco donde aparece el Dios de los Báculos, que podría ser el Dios Viracocha o también el Dios Tunupa, propio de los aimaras, que implica precisamente lo peruano-boliviano.

También desde el sentido de la producción, sobre todo por ese intercambio cultural y económico que se establecían entre los mismos pueblos, y que hoy en día se ve con más insistencia en las alturas de Puno (Perú) y La Paz (Bolivia). El histórico intercambio económico que se establecía entonces no solo era reducido a esto sino a lo que se observaba por el lado cultural, donde la lengua, la música y hasta los ritos religiosos e intercambios exogámicos se hacían presente. De hecho, el oro y la plata fueron parte de toda esta idiosincrasia que se cruzaba con la cultura y la religión.

A todo esto, podemos agregar lo que se observa entre los tiahuanaco y los que se encontraban en los valles costeros que llegan hasta Moquegua, que inclusive implicaban los productos marítimos. No podemos dejar de lado, la misma minería que recorría desde Huancavelica hasta las tierras bolivianas y que terminaba en los valles del sur del Perú. También hagamos memoria de los grandes precursores o revolucionarios de la independencia que fueron más allá de lo que se proponían, porque en el fondo germinaba una conciencia nacional o una identidad latinoamericana con las revoluciones que la realizaban a su manera. El Alto y Bajo Perú no estaban lejos. Desde luego, bajo un militarismo que jugaba su “conciencia nacional” a su manera.

III. El sentido de la revolución y la integración: Túpac Amaru y Andrés de Santa Cruz

Lo significativo de todo esto es, si regresamos un poco atrás, lo que Túpac Amaru logró revolucionar, cuando precisamente removi6 los cimientos de una colonización europea española que expoliaba y explotaba todo lo que encontraba en el Alto y el Bajo Perú. Y más, la minería de entonces, pero añadida a lo que recorrían las relaciones mercantiles con los tributos, las alcabalas, y los impuestos.



Fig. 1. “Gesta heroica de Túpac Amaru y Micaela Bastidas”. Obra del pintor Bruno Portugal.

Por ello, cabe bien mirar la revolución de Túpac Amaru y su percepción pluriétnica que llevó a alarmar al mundo europeo, en todos los sentidos. Sobre todo, en sus consecuencias de crueldad, cuando ya le habían cortado la lengua y había sido descuartizado por sus verdugos, porque no pudieron los caballos desmembrarlo. Charles Walker (2020), relata la crueldad de los españoles hacia Túpac Amaru:

José Gabriel fue forzado a mirar [la horca a Micaela]. Los verdugos lo llevaron entonces a las horcas y cortaron su lengua. Amarraron sus extremidades a cuatro caballos para descuartizarlo, “un espectáculo que jamás se había visto en esta ciudad”. Los caballos fueron arriados hacia las cuatro esquinas de la plaza, pero los brazos y piernas de Túpac Amaru no se separaron de su torso. Frustrado, Areche ordenó decapitarlo. Su hijo más joven, Fernando, gritó al ser

testigo de la agonía de su padre. [...]. El muchacho fue obligado a pasar por las horcas y ver el cadáver ensangrentado, hecho pedazos de su padre. Su edad lo salvó de la sentencia de muerte -tenía diez años-. Un testigo describió una ráfaga de viento y un chubasco que hizo a las personas ponerse a cubierto cuando Túpac Amaru expiró. (p. 181)

Pero la rebelión no había terminado. La revolución la asumió con firmeza Túpac Katari (Julián Apaza), su esposa Bartolomé Sisa y su hermana Gregoria Apaza, quienes también fueron muertos. De hecho, la crueldad a flor de piel.

Lo más simbólico del desmembramiento, en un primer momento frustrado, implicaba no solo pensar en el individuo que se le ponía bajo las cruentas cuerdas de los caballos para desunir las extremidades del rebelde,



sino en una sociedad o en una cultura que avizoraba su división en todos los puntos cardinales del Alto y Bajo Perú, una vez derrotado el proyecto y los posteriores proyectos que se presentaban. Y, cuyas consecuencias se reviven hasta la actualidad. No obstante, cuando en un segundo momento logran el descuartizamiento de las extremidades y deciden esparcirlas en las comarcas más lejanas y, ya dejando en el cerro Picchu su cabeza hecho hollín calcinado, es por lo que hasta ahora empezamos a entender la división social, cultural y racial de un mundo andino cuya sentencia de muerte estaba augurando su futuro.

Ya con un espacio no solo territorial sino hasta étnico-cultural, que termina totalmente escindido, pero que había logrado ser parte de un gran Tawantinsuyo, cuyo sistema social, político y cultural sigue siendo parte de los ideales de grupos y colectivos que lo reivindican como tal. Desgraciadamente, ambos personajes Túpac Amaru y Santa Cruz, terminan cercenados en sus proyectos. Uno desde el punto de vista corporal y físico. Y el otro, escindido en su origen y en sus ancestros que lo llevaban a un padre criollo español y una madre noble

andina boliviana, que se decía mestiza. Sin embargo, Santa Cruz era la escisión de lo racial, de lo étnico que el racismo criollo lo dibuja como tal: negro, indio, cholo, mulato, etc. Incluido los epítetos raciales más duros que personaje alguno sufriera. En el fondo, no hay perdón de algo que tiene nombre propio: lo racial.

El desmembramiento de Túpac Amaru, una vez efectuada, simboliza la división de una cultura y de una historia peruana que hasta la actualidad paga sus consecuencias. Fue la idea de una división premonitoria entre el Alto y el Bajo Perú, donde prima lo étnico-racial-cultural antes que lo político y lo consensual. No en vano, lo vemos hasta la actualidad, entre la capital y las regiones del sur. Con el desgajamiento de las extremidades de este gran revolucionario quedó para la historia la imagen de un Alto y Bajo Perú unido, articulado e integrado y se presenta más bien escindido social, económica y culturalmente, cuasi imposible de enlazar y vincular ambos territorios. Esto ya es utópico. Y lo más curioso, es que esta escisión se observa también en los territorios del altiplano peruano frente a la Lima criolla, migrante y también andina.



Fig. 2. "Caravana de la muerte", caminata forzosa al destierro que se impuso a quienes apoyaron la revolución de Túpac Amaru. Obra del pintor Bruno Portuguese.



IV. Entre la aristocracia criolla literaria y periodística: Andrés de Santa Cruz.

Andrés de Santa Cruz, pensando en la Confederación Perú-boliviana, llevó a que los gobernantes del Perú, Agustín Gamarra, y de Bolivia, José Miguel de Velasco, lo declararan traidor de manera oficial. Según Macera (1980), si bien Santa Cruz fue un caudillo militar, personalista y hasta con negociaciones bajo la mesa, logró que países vecinos como Argentina y Chile salieran al frente con batallas inconcebibles. Sobre esto, último, Basadre (1998) explica que:

Documentos en gran parte no publicados evidencian que en esa época Santa Cruz trató de interesar al Ecuador a favor suyo, y que le prometió darle extensas zonas de territorio peruano, con lo cual renovó una oferta hecha cuando quiso evitar la incorporación del Ecuador a la alianza chilena – argentina. También hay informaciones sobre planes suyos para interesar a Juan José Flores en la formación de monarquías sudamericanas con apoyo europeo (p. 346)

Santa Cruz tenía en su proyecto establecer una gran confederación a largo plazo, que de alguna manera lo estableció oficialmente el año 1837, algo que solo el poderío inca había logrado en su momento, abarcando incluso más allá de estos territorios. Ni hablar de los estados modernos y pos-industrializados actuales como los europeos o los estadounidenses, que lo han hecho realidad y que se mueven en el sistema-mundo contemporáneo. De hecho, este tipo de proyectos también nació entre conflictos de civiles y con la democracia en países del primer mundo, pero mucho más por parte de militares.

Precisamente, Santa Cruz fue el que puso en la encrucijada a todo el mundo criollo y aristocrático peruano con sus nuevas formas de mirar el Estado peruano y el boliviano. Le decían el indio o el cholo Santa Cruz y uno de los grandes poetas satíricos del mundo limeño de entonces como fue Felipe Pardo y Aliaga le endilgó los “mejores” versos racistas y xenófobos que el mundo criollo haya producido. Escribió en su sátira “La jeta del guerrero”:

Lleva caballos, cañones,
lleva cinco mil guanacos,
lleva turcos y polacos
y abundantes municiones.
Pero, lo que más inquieta
su marcha penosa y larga

es la carga
de su jeta.¹

En varias letrillas Pardo y Aliaga explotó este factor psicológico para hacer hablar en una jerga tartajosa al decorativo protector y a su madre, la cacica Calaumana y llamarlo “Alejandro huanaco”, “Jetiskan” o “cholo jetón”. (Basadre, 1998, p. 356). Todo dirigido al aspecto fisonómico indígena de este militar. Pero no solo eso, sino implicaba también el mundo indígena en su conjunto. Por lo tanto, la sátira como arma de un racismo intelectual que de igual forma regentaba las bases de una sociedad estamental. También, un comunicador y panfletario de la época que se producía desde la sátira periodística bajo el mando del abogado Buenaventura Seoane, desde sus periódicos como “La Mulata” y “El periodiquito”, cuya puntería con toda la socarronería posible, se orientaba a dicho personaje militar. (Peralta, 2017).

De este modo, Santa Cruz fue en el fondo uno de los pioneros en cavilar un Estado confederado peruano y uno de los más renombrados que puso en la mira una nueva forma de pensar el Perú y Bolivia. La idea de un estado norperuano con capital Lima, el surperuano con su capital Tacna y el estado boliviano con su capital La Paz, generó la ira del poder oligárquico peruano y de países fronterizos, donde Chile jugó un papel importante aliándose con el mundo criollo peruano, como previendo lo que se venía con la posterior guerra del Pacífico. A Santa Cruz, de padre español y de madre boliviana noble indígena, no le perdonaron su osadía, pero allí estaba él encumbrado y resistente, tal como el viejo sabio polaco Ignacio Domeyko lo describió:

Por su cara y su figura tenía el aire de un simple indio de las cordilleras bolivianas. De una talla tan pequeña como Thiers, flaco, seco, de un color cobrizo, frente estrecha y cabellos negros y gruesos. Sus ojos eran negros de ébano, brillantes; pero con una expresión de desconfianza, sus mejillas anchas y salientes, y los labios, espesos; la cara parecía siempre afeitada. No se dejaba ver en él la tristeza. No tenía aire de meditar mucho lo que hablaba; sin embargo, no decía tonterías. Su juicio era recto, con cierta penetración y espíritu práctico, pero con poca ciencia. No cesaba de soñar con la revolución y con la conquista de su trono. Mantenía comunicaciones secretas con sus partidarios de La Paz y Potosí y más de una vez consiguió burlar la vigilancia (Domeyko, citado por Basadre, 1998, p. 347)

1 Felipe Pardo y Aliaga Biografía. En: <http://www.loa.org.ar/espacioDetalle.aspx?ID=610c4671-d3ae-4762-9f48-fe3a98e813>. (Consultado: agosto 2023).



Fig. 3: Andrés Santa Cruz. Fuente: Asociación de Funcionarios del Servicio Diplomático del Perú

Basadre (1998) complementa la descripción sobre este personaje al indicar que su color era cobrizo, de cholo, detalle que no dejaron de lado sus enemigos al combatirlo por escrito.

Complemento esta reflexión con las siguientes hipótesis: ¿Qué posiciones ideológicas o ideales políticos llevaron a Túpac Amaru y Andrés de Santa Cruz a ser parte de una propuesta radical donde sus enemigos sobrepasaban las fronteras? ¿Tuvo repercusión en la historia latinoamericana o europea lo que se gestaba desde las épocas tempranas a la independencia peruana y boliviana?

Quizás podemos ir más allá, porque la historia nos acerca cada vez más en esta relación con el pueblo altoandino, donde Puno sigue siendo el referente central de nuestra idiosincrasia. Sobre todo con esta conjunción de héroes y próceres o personajes que la historia los pone siempre en la palestra. Esto implica librarnos de prejuicios y arcaicas fuerzas del poder político hegemónico aún presentes que viven de la división y diferencias socio-étnico-culturales. En ese sentido, asumo lo que refiere Basadre (1998):

En resumen, Santa Cruz y su empresa hallaron más admiradores lejos de América del Sur que dentro de ella. Para los europeos, sobre todo los ingleses y los norteamericanos, simbolizó el anuncio de una

administración eficaz y lúcida, favorable a los intereses extranjeros. Su derrumbe llegó a ser interpretado por dichos sectores como una verdadera calamidad (p. 360).

Solo quiero proponer una hipótesis de trabajo donde se tenga en cuenta que los personajes y sucesos históricos no están divididos por el espacio étnico cultural y menos por las escisiones que implican la política y la economía. Salvo la persistencia de una colonialidad dominante e histórica allí presentes, donde la jerarquización, la diferenciación social y el racismo están siempre latentes y que muchas veces sale a flote en los momentos más decisivos de la historia. Y, creo que, lo más plausible lo vuelve a reiterar Basadre (1998):

La tragedia de Santa Cruz. Patética tragedia la de este hombre imponente, pero con el ansia inmensa de hacer cosas, con el impulso primario y no frecuente en nuestra gente, de crear en el tiempo. Pese a todos sus defectos y errores, Santa Cruz dio, al fin y al cabo, a Bolivia y al Perú, siquiera una ráfaga de algo que hubo en su historia prehispánica y aun en su historia colonial y que falta casi permanentemente en la historia republicana: la ilusión de lo grande, el sueño imperial (p. 360)

V. A modo de conclusiones

- a) La historia nos hace más cercanos y proclives a entender que Bolivia, como parte del Alto Perú, fue parte de toda una historia prehispánica que muy bien lo podemos ver incluso en los rostros, en parte en los idiomas y también en una tradición cultural andina quechua-aimara que sale a relucir de alguna manera en cada instante de nuestra vida cotidiana.
- b) El desmembramiento de Túpac Amaru, por parte del poderío español, simboliza la división de una cultura y de una historia peruana que hasta la actualidad observa sus consecuencias. Fue la idea de una división premonitoria entre el Alto y el Bajo Perú, con el desgajamiento de las extremidades de este gran revolucionario que quedó para la historia como la imagen de una escisión social, económica y cultural cuasi imposible de enlazar en el territorio peruano.
- c) Santa Cruz puso en la encrucijada a todo el mundo criollo y aristocrático peruano con sus nuevas formas de proponer una Confederación Perú-Boliviana. Lo logró y nadie, ni externa ni internamente, le perdonaron. Le decían el indio o el cholo Santa Cruz, además uno de los



grandes poetas satíricos, así como los panfletarios periodísticos limeños de entonces le endilgaron las “mejores” narrativas racistas y xenófobas que el mundo criollo haya producido. Desde luego, la referida confederación sucumbió, ya que el mismo poder militar y autoritario del personaje tuvo también sus principales causales para su fracaso.

Referencias bibliográficas

Basadre, J. (1998). *Historia de la República del Perú. 1822 - 1933*, Octava Edición, corregida y aumentada. Tomos 1 y 2. Editada por el Diario *La República* de Lima y la Universidad Ricardo Palma. Impreso en Santiago de Chile.

Flores, A. (1994/1986). Buscando un Inca. Identidad y utopía en los andes. Lima: Horizonte. https://www.academia.edu/27120066/Flores_Galindo_Alberto_Buscando_un_Inca_Identidad_y_Utop%C3%ADa_en_los_Andes

Macera, P. (1980). *Historia del Perú. 3º independencia y república 1740-1866*. Lima: Bruño.

Monroy, G. (2003). *La Confederación Perú-Boliviana: los inicios de la República y proyecto de Santa Cruz*. Lima: UCH. Fondo Editorial.

Peralta, V. (2017). Una sátira política contra la Confederación Perú-Boliviana: La Mulata (1838) de Buenaventura Seoane. *Revista: RIRA* vol. 2, n° 1, mayo, pp. 161-185. [Dialnet-UnaSatiraPoliticaContraLaConfederacionPeruBolivian-6135754%20\(2\).pdf](https://dialnet.unirioja.es/servlet/articulo?codigo=6135754)

Santa Cruz, A. (s/f). En: https://es.wikipedia.org/wiki/Andr%C3%A9s_de_Santa_Cruz

Tamayo, A. (1968). Tres retratos de Felipe Pardo Aliaga. Discurso de orden pronunciado en la actuación realizada en la Casa de la Cultura el 20 de diciembre de 1968. [Downloads/36-Texto%20del%20art%C3%ADculo-51-1-10-20200225.pdf](https://www.repositorio.cepal.org/bitstream/handle/doc/5111020200225.pdf)

Walker, C. (2020). *La rebelión de Túpac Amaru*. Lima: IEP.

Recibido el 2 de octubre de 2023

Aceptado el 7 de noviembre 2023